

# **DOSSIER**

## **Las dimensiones de la desigualdad en la historia social: balance y perspectivas de investigación**

**Coordinación y presentación**

*Beatriz I. Moreyra*

## Presentación

Beatriz I. Moreyra\*

El Dossier que a continuación ponemos a disposición de los lectores contiene los trabajos presentados por tres destacados historiadores sociales en la mesa redonda titulada "Las dimensiones de la desigualdad en la historia social: balance y perspectivas de investigación", en las *VI Jornadas de Historia Social*, realizadas en La Falda (Córdoba) en mayo del año 2017. Ellos nos ofrecen un balance historiográfico sobre las dimensiones y perspectivas que la problemática de las desigualdades múltiples y situadas ha merecido en la producción histórica de las últimas décadas, así como de los vacíos y desafíos futuros que se presentan en esta materia. En conjunto, aportan medulosas reflexiones sobre diversos aspectos de las desigualdades, que pretenden delinear enfoques y perspectivas abiertas y en construcción y no *la* mirada sobre los problemas de las inequidades sociales.

Estas lecturas se enmarcan en un contexto de producción caracterizado por las profundas transformaciones experimentadas por las sociedades contemporáneas, a las que la disciplina histórica ha respondido con nuevos enfoques, presupuestos metodológicos y dudas epistemológicas. En efecto, la renovación de las temáticas y las problemáticas de los historiadores jamás nace en abstracto, sino que responde a una alquimia compleja que asocia la agudeza de las cuestiones contemporáneas, la relación de la historia con las ciencias sociales y las nuevas humanidades y las demandas específicas del campo disciplinar.

Con respecto a la problemática de la desigualdad, el subcontinente latinoamericano -y nuestro país en particular- se ha caracterizado a lo largo de su historia por formas de desigualdades sociales, económicas y culturales particularmente severas y persistentes, como la discriminación geográfica, racial, étnica, de género, con ciudadanos de primera y segunda categoría, con una modernización hecha sobre la base de una desigual distribución de los recursos y de los ingresos. En las décadas recientes, se exacerbó la heterogeneidad de oportunidades, se deterioró el mundo del trabajo, se segmentó el acceso a la protección social y se multiplicaron las brechas. Esto justifica y legitima el estudio de la desigualdad como una variable relevante y distintiva.

Las inequidades persistentes son capaces de interrogar e interpretar los modos en los cuales históricamente distintas sociedades y culturas han reproducido y tolerado, ignorado, impugnado

---

\* Instituto de Estudios Históricos (IEH), Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti" (CEH), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).  
E-mail: moreyrabea@gmail.com

y alterado desigualdades que han tomado formas diversas para asegurar su permanencia durante su largo recorrido. Paralelamente, la preocupación por esta problemática ha ganado terreno en el universo académico, político y de actores de la sociedad civil en las últimas décadas, e incitan a una discusión más extensa en América Latina y en nuestro país acerca de las dimensiones, causas e institucionalización de las desigualdades.

Este campo de investigación ha experimentado una reorientación de sus perspectivas analíticas. El enfoque puramente económico se complementó con estudios más amplios sobre las desigualdades. Diversas disciplinas, como la sociología, el derecho, la antropología cultural y social, la ciencia política, la economía política, la geografía, la arqueología y la historia, han contribuido al desarrollo de nuevas perspectivas teóricas y metodológicas y han conducido a una cantidad considerable de hallazgos. Esta mirada multidimensional requiere entender a la desigualdad como una construcción histórica mediada por relaciones de poder, en la que se entrecruzan múltiples factores y participan numerosos agentes, en la que operan tendencias y contratendencias.<sup>1</sup> Por otra parte, igualdad y desigualdad constituyen una unidad pero son estados que no están definidos de una vez y para siempre, sus fronteras son móviles, abarcan diferentes ámbitos, como la riqueza, las oportunidades vitales y laborales, la edad, la región geográfica, la etnia o el género, e involucran a diversos actores, desde los sujetos que están sometidos a relaciones asimétricas hasta los intelectuales, políticos y reformadores que buscan debatir y demarcar las fronteras de la desigualdad. El reconocimiento de bienes positivamente valorados y/o deseables no puede ser explicado entonces a partir de la apreciación de cada individuo ni queda librado a la decisión individual, sino que es producto de una construcción social y sedimenta en instituciones como valores y pautas de conducta. Es un fenómeno relacional. Para comprenderla se requiere estudiar, de manera dialéctica, tanto los mecanismos que la generan como aquellos otros que la cuestionan y la limitan. La desigualdad no es un derivado de alguna esencia humana inmutable, una cuestión natural o un imperativo estructural, ni siquiera el producto de las diferencias en las habilidades de los individuos, sino una construcción histórica y social. En cada sociedad y en cada época existen diferentes tipos de desigualdades, también se modifican los grados de igualdad o desigualdad, lo mismo que los factores que las generan, por lo que hay que investigar son las especificidades de cada caso.

Con un enfoque procesual, la colaboración de Juan Suriano se propone dilucidar cómo la historia social argentina ha abordado esta temática central que afecta a la sociedad en su conjunto. En su período de auge, entre los años '60 y '70 del siglo XX, este campo disciplinar no se ocupó específicamente de la desigualdad social. Sin embargo, ella estuvo presente al analizar las diversas maneras en que los agentes sociales accedieron a distintos bienes como la educación, la salud, la vivienda, el trabajo, la seguridad, la inclusión, el ascenso social, entre otras, con una mirada muy

---

<sup>1</sup> Paul GOOTENBERG, "Desigualdades persistentes en América Latina: historia y cultura", *Alteridades*, México D.F., núm. 28, 2004, pp. 9-19; Luis REYGADAS, *La apropiación: Destejiendo las redes de la desigualdad*, Barcelona - México, Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa, Anthropos Editorial, 2008, pp. 18-19.

concentrada en el estudio de las desigualdades del mundo del trabajo formal y en la clase trabajadora. Ello dio lugar a las demandas de organización sindical, movilización de los trabajadores y a una legislación protectora que se centraba principalmente en los problemas derivados del mundo del trabajo o sociedad salarial, con una gestión regulada de las desigualdades. Esta preeminencia descuidaba a los trabajadores vinculados al mundo laboral informal, en situación de vulnerabilidad o inequidades mayores, que sólo eran visibilizados y auxiliados por las instituciones caritativas de filiación religiosa o por la filantropía. Estas condiciones contextuales -aumento de la desigualdad y su carácter estructural- pusieron en la agenda de los investigadores el desafío de abordar la contradicción decisiva a la que alude Pierre Rosanvallon: "la brecha que se profundiza entre la progresión de la democracia-régimen y la regresión de la democracia-sociedad."<sup>2</sup>

Pero a partir de la década del '80 del siglo XX, el paradigma de la historia como progreso ininterrumpido, emancipación, inclusión y movilidad social entró en crisis como consecuencia de la prevalencia de un contexto histórico caracterizado por la desarticulación del estado de bienestar que implicó el abandono estatal de funciones productivas y de prestación de servicios públicos, su transferencia al sector privado y, especialmente, la privatización de la protección social y la precarización de vastos sectores sociales.

Como consecuencia de ese proceso, desde los años '90 del siglo pasado ha surgido una creciente inquietud de los investigadores de las ciencias sociales y las humanidades por la indagación de las desigualdades múltiples en las diferentes realidades sociales pretéritas, y esa problemática se ha reinstalado con fuerza en la agenda social, política, estatal y científica. En el campo de la historia social, la crisis de la perspectiva socio-científica con el resquebrajamiento del amplio proyecto consensual de la historia social y de la causalidad social, se hizo sentir en los historiadores formados en la perspectiva estructural y el recurso cada vez menor al viejo materialismo explicativo abrió un espacio de fructífera indeterminación, en la que otros tipos de pensamiento podían crecer.<sup>3</sup> El viraje hacia lo cultural era también síntoma de un cansancio con una historia saturada de estructuras, jerarquías, modos de producción, sistemas, subsistemas, modelos -en fin, de la historia como un proceso sin sujeto-. El obrero fuera de las fábricas, la mujer pobre y la obrera, las prostitutas, el esclavo urbano, los grupos étnicos, los marginales, bizarros guerreros medievales, escritores y artistas oscuros, se fueron incorporando como temas conspicuos de la historiografía con sus poderes agenciales. Con estos virajes, la historia social, centrada sólo en el análisis de clase -destaca Suriano-, no posibilitaba una interpretación comprensiva de las nuevas desigualdades que se anidaban en diversas dimensiones de las realidades sociales. La perspectiva clásica, centrada en la clase y el estrato, se amplió y se colocó un énfasis sobre factores tales como la cultura, el género y la etnicidad -entre otros-, a la vez que se afirmó la naturaleza complementaria e interdependiente entre los ejes de estratificación. Se imponía recuperar las voces poco audibles de los nuevos actores sociales e historiar una narrativa

<sup>2</sup> Pierre ROSANVALLON, *La sociedad de iguales*, Buenos Aires, Manatíal, 2012, p. 19.

<sup>3</sup> Geoff ELEY, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, PUV, 2008, p. 159.

multidimensional de la desigualdad, que contemplara la historia hecha por ellos, aunque no escrita por ellos.

Precisamente eso es lo que se propone Andrea Andújar al ofrecernos un balance sobre los aportes de la historiografía al problema de la desigualdad focalizada en la intersección entre la historia social del trabajo y la perspectiva de género en Argentina desde los inicios del siglo XX hasta la actualidad, con miras a historiar el conocimiento de la experiencia pretérita de la clase trabajadora y delinear algunas perspectivas futuras. Este enfoque cobró mayor importancia en la década de los '90, pero la evolución de esta delimitación no siguió una trayectoria lineal. La autora destaca que, en un primer momento, los trabajos pusieron el énfasis en hacer visibles a las mujeres dentro de la fuerza laboral en el contexto del crecimiento económico de la primera mitad del siglo XX, con las dificultades inherentes para cuantificar el trabajo femenino disperso en diversas actividades como el comercio, los talleres o empleos administrativos. Es decir, el primer enfoque que se aplicó en el problema de la constitución de las mujeres en sujetos históricos consistió en recoger información sobre ellas y en escribir "la historia de ellas"; la intención era dar valor a una experiencia que era ignorada y devaluada y ponderar la agencia femenina en el quehacer de la historia. Los historiadores intentaron introducir un tema y actor nuevo -las mujeres- en categorías históricas ya establecidas, e interpretaron sus acciones en términos reconocibles para los historiadores políticos y sociales.<sup>4</sup> Como resultado, se recuperó la agencia social de las mujeres en la historia como una experiencia distinta a la de los hombres. La explicación y la interpretación se estructuraron dentro de los términos de la esfera de las mujeres. Pero la limitación de esta perspectiva residió en aislar a las mujeres como si fueran una historia complementaria, una esfera separada asociada exclusivamente con el sexo femenino.

Posteriormente, a través de un completo estado de la cuestión sobre el entrecruzamiento escogido, Andújar demuestra cómo esa visibilidad del trabajo femenino tuvo implicancias interpretativas muy importantes, entre las que se destaca el cuestionamiento a la categoría universal del trabajador y la masculinización del concepto de clase social. Esto conllevó a una concepción más diversa y heterogénea del mundo laboral, que generó un cúmulo de trabajos historiográficos e históricos sobre la primera mitad del siglo XX que desenmascararon el tema de la subordinación, el no acceso a los lugares de mayor jerarquía laboral y las limitaciones del trabajo femenino: actividades domésticas, profesiones educativas y administrativas, sin descuidar las miradas sobre las opresiones, demandas y resistencias que las mujeres debieron enfrentar en defensa de sus lugares y derechos en el mercado laboral a través de la participación activa en huelgas y movilizaciones. Es decir, ya no se trataba sólo de dar visibilidad a las mujeres, sino también de mostrar que las contradicciones de clase, las diferencias y desigualdades asumían formas diversas para mujeres y varones.

Con respecto al corpus de investigaciones para la segunda mitad del siglo XX y, más específicamente, en las presidencias del peronismo fundacional, la clase obrera masculina sigue concentrando el interés.

---

<sup>4</sup> Joan SCOTT, "El género: una categoría útil para el análisis histórico", Marisa NAVARRO y Catherine STIMPSON (comps.), *Sexualidad, género y roles sexuales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 9.

La autora señala que la historiografía del mundo del trabajo es poco permeable al género porque la mayor densidad de los trabajos sobre el peronismo en clave de género se ubican en el campo de la historia política, situación que se profundizará en los años posteriores -en las décadas del '60 y '70 y en la pos dictadura-, lo que no implica desconocer trabajos que contemplan la interacción entre la historia social y el género.

Después de ofrecer esta visión panorámica y sugerente, la autora destaca lo que ella conceptualiza como los principales aportes de la historia social del trabajo con perspectiva de género para el conocimiento de la experiencia de la clase trabajadora y como mecanismo para percibir las diversas dimensiones de la desigualdad. El primero es la ampliación y problematización del concepto de clases que se consideran constituidas por sujetos sexuados, evidenciando cómo las diferencias y jerarquías sexuales permearon las condiciones materiales de existencia de la clase trabajadora. En segundo lugar -en consonancia con los virajes teórico-metodológicos del campo disciplinar de las ciencias sociales y las humanidades en las últimas décadas del siglo XX-, la distancia crítica respecto a los esencialismos en el análisis de las mujeres, al considerarlas como agentes constructores de la realidad social; en otras palabras, reconociéndoles la acción y conciencia individual y colectiva y su poder estructurante y transformador. Este viraje ha permitido recobrar aspectos de la subjetividad, de las emociones y los sentimientos, cuyo rescate -a veces indiciario y no exento de dificultades- complejiza las interpretaciones al trascender el espacio productivo y bucear en los hogares, espacios de ocio y sociabilidad en busca de una racionalidad más cotidiana y humana que excede al lugar de trabajo, al espacio sindical y/o el político. Este abordaje ayuda a comprender las identidades de género, las demandas y protestas obreras en espacios comunitarios; miradas éstas enriquecedoras y transitadas, entre otros, por Mirta Lobato y la autora de este artículo en otras producciones de su autoría. Por otra parte, la historia social pos braudeliana, con su énfasis en la rehabilitación de la parte explícita y reflexionada de la acción, experimentó el impacto del giro cultural que produjo una reorientación de la investigación socio-histórica hacia el estudio de los dispositivos culturales, simbólicos y mentales y su perspectiva analítica se centraba en la interpretación de las significaciones históricas. Pero es importante resaltar que la introducción del ángulo sociocultural implicó el reconocimiento de que la cosmovisión característica de una sociedad humana -diferenciada en estratos y clases y diferencias raciales y de género-, es una parte integrante del sistema social. Pero este reconocimiento no sólo se refería a teorías y doctrinas precisas, sino que también comprendía a lo que está por debajo del nivel articulado y racional de la conciencia, esto es, el magma inestable de las asociaciones emotivas, de los hábitos de pensamiento amorfos y no verbalizados pero tenaces y firmes. En este sentido, los valores, las formas, los símbolos compartidos y las categorías psicológicas fundamentales que estructuran percepciones, sensibilidades y comportamientos resultan relevantes para comprender cómo se constituye una cultura femenina en el interior de un sistema de relaciones desigualitarias, las identidades y desigualdades de género. Otro recorte no soslayado es el que enfatiza la interacción

entre lo social y lo político a través del análisis del Estado y las instituciones en la relación trabajo-género y en las luchas por el reconocimiento de los derechos.

Este interesante recorrido historiográfico concluye señalando algunas de las asignaturas pendientes que requieren ser abordadas, como las situaciones y acciones de las trabajadoras en el mundo rural, los vínculos entre las mujeres y las feministas, el rol de las sindicalistas, sus organizaciones y sus filiaciones políticas.

Por su parte, Sergio Serulnikov reflexiona sobre el tema propuesto desde otro contexto de producción, a partir de las premisas de la historia política del siglo XVIII. Recuerda los aportes historiográficos sobre el área andina signados por su interés en las estructuras sociales, el largo plazo, la historia económica cuantitativa y los grandes sistemas de creencias culturales; todos ellos con un enfoque socioeconómico ligado a las teorías del desarrollo, las corrientes dependentistas, los modos de producción y la transición del feudalismo al capitalismo en las que lo importante era la *unidad en la diversidad*, la multiplicidad de relaciones sociales y estructuras productivas que finalmente desembocaban en la economía capitalista y el sistema mundo.

En ese contexto, marca las diferencias con las tendencias temáticas y metodológicas actuales sobre la historia social que considera historia de las desigualdades y que parten de premisas muy diferentes. Hoy se observan desde otras perspectivas el acontecimiento, las prácticas representativas, la vinculación entre lo local y lo global, entre la corta y larga duración propias de la política. Los nuevos enfoques provienen del proceso de globalización, de las migraciones masivas, la integración internacional de los procesos productivos, la expansión de la agricultura corporativa de exportación en los países de medianos y bajos ingresos, la desindustrialización y el fin de la "sociedad salarial". Ello significa centrarse en lo que denomina el estallido de la fragmentación de las viejas prácticas, instituciones y fronteras, es decir, la *diversidad en la unidad*.

En esa línea, explora la historia social y cultural de la política para abordar la desigualdad desde el acceso a la política. Al analizar la cultura política en las formas de acción, las prácticas representativas, el ejercicio del poder y las concepciones de autoridad, busca discernir las modalidades de intervención de diferentes sectores sociales. Valores, ideas, intereses y rutinas de acción colectiva abren la agenda de investigación a través del simbolismo político y del ceremonial que funcionaban "como alegorías vivientes de las desigualdades sociales y como formas de integración en el cuerpo político." En segundo término, destaca en el período tardo colonial, caracterizado como una doble empresa de homogenización de los sujetos de la corona y disciplinamiento social, la ampliación de la conformación de una esfera pública, observando tanto el cambio de tono de los panegíricos que abandonan el estilo barroco y adoptan un estilo contestatario, el crecimiento de lo que denomina el derecho a opinar, tanto como el debilitamiento de las instituciones ya existentes.

Para responder a los interrogantes en los que plantea en qué medida se alteraron las modalidades de intervención de los grupos sociales en las cuestiones de interés común, cómo se conmovieron los equilibrios de poder de los órganos de gobierno entre sí y con la sociedad y en qué sentido se

trastornaron las percepciones sobre la naturaleza de la autoridad regia, nos recuerda, para ejemplarizar la diversidad de enfoques sobre la cuestión, las conclusiones de sus propios trabajos que sintetiza centrados en el proceso histórico de Chuquisaca a fines del siglo XVIII.

Como corolario, se puede afirmar que los tres artículos -cada uno desde su peculiar perspectiva y anclaje temporal- nos ofrecen una visión de cómo la problemática de la multidimensionalidad de la desigualdad ha adquirido en las últimas décadas una creciente identidad como un campo de investigación en expansión en América Latina y en Argentina. No obstante, el desafío futuro es la necesidad de prolongar el cuestionario teórico con una mirada interdisciplinaria en estrecho diálogo con las realidades temporalmente situadas en un juego de reciprocidades, para historizar socialmente el concepto de desigualdad, como expresa Juan Suriano en su contribución.